

Juan de Almaza

Leysin

(Diario de Viaje en Suiza)

Noviembre de 1926.

UN lago en el fondo. Picos nevados inaccesibles, por donde trepan amarrados a todos los ingleses, en los contornos. Cada pico con un nombre de reputación europea, el *Mont-Blanc*, los *Diablerets*, el *Dent du Midi*, y un apellido común registrado en las parroquias inglesas: *wonderful*. El manto verde de los pinos entre las nieves y el lago, y el golpe de las hachas en los pinos. *Chalets* de tabla rústica hipotecados a Dios: «*Moi et ma maison, nous servirons l'Éternel*», dice la inscripción de la fachada al que cruza el umbral. Senderos que cruza el carillón de las esquilas. Niños amapolas, que nacen jugando con escobas y cepillos. Y después, el silencio de eternidad y un sueño sin imaginación, incapaz de pesadillas.

Estamos en Suiza, el país del rasero democrático y de la imperturbable neutralidad en los arrebatos europeos. Pero ¿en qué parte de Suiza? Pues, en cualquiera.

* * *

Eso es Leysin; eso, y algo más. El camino rural se mete de pronto en una calle, y antes de meterse, un cartel en un poste dice: «*Leysin Village*». La pared de la casa esquina advierte en

una plancha: «*Défense de rumer dans le village*». En otra pared, otro cartel: «*Défense de cracher*». Uno tras otro, los carteles suprimen todas las actividades del visitante. Y por último, otro cartel: «*Défense d'afficher*». Pero, éste llega tarde: ya no queda espacio para más.

Bien, pues circulemos; esto, hasta aquí, es cosa permitida. Y en partes, recomendada: cuando llegemos arriba, un cartel en el camino, entre el bosque, nos dirá: «*Déballage de bois, zone dangereuse, défense de stationner*».

Y es bueno saber que, detrás de cada cartel prohibitivo, no está la muralla sorda y ciega; está el gendarme, la multa que cae inexorable, el franco suizo que traga vorazmente un peso sesenta de nuestra moneda, y que nunca va solo cuando sale de multa, que se reúne en grupos de doscientos o trescientos francos suizos para dar el golpe de escarmiento al infractor.

Eso es Leysin; eso, y algo menos. El lago de la hondura no es un lago como el de todas las honduras suizas; es un lago que sube y baja en estas mañanas de otoño, un lago de temporada, que a veces sube tanto que se queda en el cielo. Cuando el lago queda más alto que Leysin, desde Leysin se ve en el fondo que ocupaba el lago un valle fértil en que el Ródano culebrea. Cuando el otoño pasa y se disipan las nieblas, no queda lago ni siquiera arriba; no hay más que un sol brillante que desde un cielo muy azul echa las nieves derretidas de los picos a rodar hacia los fondos verdes por donde el Ródano eulebrea.

¿Qué pasa en este pueblo de Leysin? ¿qué hace esta gente asomada entre carteles? Están en sus lechos de enfermos, que blanquean de arriba a bajo las fachadas de balcones; hacen su cura de silencio, la cura a que invita, a enfermos y sanos, el estático ambiente de Suiza.

El camino, convertido en calle, se va por entre asoleados lechos de enfermos montaña arriba. Se hace camino otra vez y desprende senderos hacia los pastos. Más arriba, se vuelve callejuela entre las casas de Leysin-Feydey. Y se liberta de las casas, y pasea gentes lentas y fatigadas, y se atraca a las puer-

tas de grandes hoteles que sostienen, de alto a bajo de las fachadas, la interminable exposición de los lechos de enfermos. Y antes de meterse entre troncos de pinos, de donde saldrá a la roca nevada, ciñe los contornos del más encumbrado y prestigioso de los hoteles, el Grand Hotel de Leysin. Más recto que el camino, desde Aigle en la hondura a Leysin Village; desde Leysin Village a Leysin-Feydey, el funicular deposita en la estación del Gran Hotel su escasa carga diaria de pasajeros.

Grand Hotel que vive de la ilusión de ser hotel, y afirma la ilusión en el amplio hall asoleado en que el resorte muelle de Maple invita a la tertulia bajo las *kentias* en macetas y al son de la orquesta. Ilusión que se desvanece en los blancos pasillos de los dormitorios, silenciosos entre las dobles puertas herméticas. Blancos los pasillos, blancos los dormitorios, una blancura irreprochable de clínica.

• • •

El gongo resuena con esa exactitud de las cornetas de a bordo que congregan a la gente rumbo al comedor. Son círculos concéntricos los del gongo, que se ensanchan por dentro del edificio y trazan su arco en los caminos del contorno por donde pasea la clientela lenta y fatigada. El golpe del gongo es el hecho que ocurre en el curso del día para demostrar que el día tiene un curso.

A los mismos asientos frente a los platos servidos, la misma gente. Nadie entra ni sale de este grupo convocado a una estada de meses. Alguno, de tarde en tarde, logra la salida, y entonces, en la vispera, los que quedan se agrupan en una mesa común en banquete de despedida en torno al que se va. La mesa es otra; el ánimo es de festejo; los platos del régimen diario tienen no sé qué sabor condimentado y asumen en la cuenta semanal de cada festejante tarifa de banquete. Al día siguiente, la compañía emocionada hasta la puerta de la jaula, la estación del funicular. Otros se ausentan misteriosos entre las sombras de la noche; estaban graves, ya no se levantaban; una mañana

cualquiera la pieza ha quedado vacía; nadie supo en qué momento se los llevaron. ¿Para qué?

—Buenos días. ¿Qué tal el paseo?—dice el argentino a la peruana—. ¿Se cansó Ud. mucho?

La cucharada de espesa sopa de avena de la peruana se para en la trayectoria:

—Si no me canso; el médico, al contrario, me ha dicho que, como ya estoy sana, puedo ir donde me plazca.

Y los demás piensan que es curioso que a la peruana no le plazca tomar el camino hacia abajo del funicular.

Esto se habla en español, y la inglesita mira y sonríe con la sonrisa amable de los que oyen en el idioma extraño un canturreo de bandada desconocida.

Afuera se ven pasar los cuervos que acuden a los balcones. Son otra sociedad en el hotel.

—¿Fué Ud. a pesarse?—pregunta al peruano la belga.—¿Ha aumentado?

—Perdí trescientos gramos en la semana.

Y hay en el peruano la expresión del que se desalienta al no encontrar el camino que ha de devolverlo a la alegre juventud truncada.

El ruso no habla después de la sopa; con tesón desaloja su mondadiente de palo los fragmentos de carne extraviados en la vía alimenticia.

El egipcio, en francés, hace bromas a la norteamericana:

—¿Le sirvo una ensalada de bacilos? Tengo frescos y más grandes.

Y hay sonrisas rumanas, venezolanas, francesas y escandinavas para cada dialecto.

Sí, sí hay más; pero esto se cuchichea a la salida del comedor, cuando los grupos se han formado por nacionalidades o por idiomas. Es la gran noticia del día: la belga se traslada de habitación. Ha sido un problema accidentado inculcar a la belga la convicción de que todo pasajero de hotel lleva anexo un vecindario; ella toleraría vecinos sombras, duendes que resbalaran sobre las tablas del piso, pero no estos seres de carne

y hueso que denotan su presencia con movimientos y desplazando objetos. Se cuenta, Dios sabe cuántas cosas se cuentan *sotto voce*, que a la hora de la cura de silencio un vecino roncó: tabique por medio en la galería de cura hacía su cura la belga, y como el ronquido no es parte de la cura de silencio, que sólo comprende el sueño, la belga lanzó al tabique un vaso, que se hizo trizas. El vecino, inseguro de su actuación en el sueño, optó por alejarse a otra habitación. Llegó otro vecino; venía grave, llevó más lejos la imprudencia; disponiendo de cualquiera de las otras veintidós horas del día, agonizó de dos a cuatro de la tarde, la hora precisa de la cura; la agonía no fué discreta; la asfixia del enfermo resonaba en la galería vecina; la belga reclamó. También salió el vecino de la pieza, pero no fué necesario disponerle otra habitación.

La belga se traslada; esta noche o mañana sabremos la nueva infracción del silencio entre vecinos que la movió a ceder el campo.

* * *

Es de noche. La orquesta alterna partituras líricas, romanzas, y tangos, y valeses y *fox-trots*; los compases de los bailes danzan solos sobre las mesas del *bridge*. Nadie se mueve; está la danza prohibida. Hay grupos diseminados en charla, y el juego absorbe a muchos. Se fuma; al fin, la noche hace creer que estamos en un hotel. Pero, la orquesta cesa, las luces se apagan una tras otra, son las diez. Buenas noches.

* * *

Con las primeras luces de la mañana los cuervos revolotean. Comienzan a poblarse los pasillos al acercarse el mediodía. Los caminos serpentean en el saldeo y parecen cerrarse sobre ellos mismos juntando sus extremos; sabe Dios si ellos tampoco encuentran la salida.